



**Homilía pronunciada por el Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la celebración de la Jornada Mundial de la Paz.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,
1 de enero de 2014.**

Queridos hermanos y hermanas:

En este primer día del año la Iglesia celebra la Jornada Mundial de la Paz. Es como el eco al canto de los ángeles en la noche de Navidad, cuando anunciaban el nacimiento de Jesús glorificando a Dios, y deseando Paz a los hombres a quienes Dios ama. Ese hombre, amado por Dios, espera alcanzar siempre la paz.

Celebramos hoy la primera Jornada Mundial de la Paz del Papa Francisco, que nos propone en su mensaje “la Fraternidad (como) fundamento y camino para la paz”.

En este tiempo navideño la Iglesia fija este día su atención en la Virgen Madre que acompaña al Niño, a quien Ella dio su humanidad para que un rayo de luz divina alumbrara las tinieblas de este mundo nuestro. Precisamente, ese Jesús niño que lleva en sus brazos la Madre de Dios viene a fundar una fraternidad verdadera y universal.

El Papa Francisco nos dice en su mensaje que: *“La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, ansiada, experimentada, anunciada y testimoniada”*.

El Santo Padre presenta la fraternidad como una vivencia imprescindible para alcanzar la paz, pues la consideración del otro como un inferior, como un extraño, como un inútil, como un enemigo, nace en los corazones de aquellos que sienten a los otros sin lazos con ellos y esto favorece el surgimiento de conflictos y enfrentamientos.

En el mundo actual hay personas que tienen un círculo más o menos limitado de otras personas que consideran sus iguales, por lazos de familia, de amistad, de procedencia, de simpatía, y fuera de ellos los demás les resultan indiferentes, desconocidos y muchas veces amenazantes.

En las sociedades individualistas y ambiciosas de hoy, existe la soledad del hombre en compañía, peleando solo por abrirse paso en la vida, sin contar con nadie o excluyendo a todos. ¡Qué lejos estamos de aproximarnos así a una fraternidad de fibra humana y cristiana!

Etimológicamente fraternidad viene de “frater”, que significa en latín “hermano”. Yo debo, pues, para practicar una auténtica fraternidad, ver en cada persona, o en los conjuntos de personas que integran grupos, etnias o naciones diversos, a hermanos míos. Lo cual no quiere decir simplemente que los debo “tratar” como si fueran hermanos. En este caso sería considerar una falsa fraternidad sin lazos entre las personas. Soy entonces alguien de otra estirpe, soy distinto a ellos y profeso una filosofía condescendiente, que me hace tratarlos “como” hermanos, “llamarlos” hermanos, pero sólo analógicamente, pues la

fraternidad no es la manera de nombrar, sino un modo de sentir, de pensar y de actuar con respecto a los demás.

Volvamos a la escena de Belén: en la pobreza radical, que llega casi al límite de la sobrevivencia, ha nacido un Niño que nos fue anunciado por los ángeles como “el Salvador, el Mesías, el Señor”. Dios se hizo hombre, se humanó, se ha hermanado a nosotros, es Dios-con-nosotros los seres humanos. Dios tomó nuestra condición humana, la naturaleza que comparten un indio, un blanco, un negro, un asiático. Aparece Jesús identificado con cualquier miembro de la humanidad, especialmente con los más pobres, con los más débiles.

Jesús vino a crear fraternidad, no una fraternidad como la que existe en distintas asociaciones, en seguidores de alguna ideología o en grupos humanos diversos. Jesús no vino a fundar una “cofradía” con sus seguidores. Eso sería la comunidad cristiana si los que perteneciéramos a ella nos consideráramos hermanos sólo entre nosotros.

Es verdad que la fe cristiana crea lazos que nos unen muy estrechamente, pero igualmente nos impulsan a abrirnos a todos sin distinción.

La fraternidad se ve realmente dimensionada cuando está abierta a la trascendencia (nos lo recuerda el Papa Francisco en su Mensaje). En Jesús nosotros nos sentimos y sabemos hermanos porque en Jesús Dios se hizo hombre y se hermanó a nosotros. Jesús nos enseñó a orar diciendo: Padre nuestro, no Padre mío, sino Padre nuestro. En esas dos palabras está la dimensión trascendente de la fraternidad: un “Padre de todos, que lo conoce todo, que lo penetra todo y lo trasciende todo” (cf. Ef 4, 6). Estamos hermanados porque somos hijos del único Padre de todos. Ese Padre que invoco es nuestro: es mío, es tuyo, es del niño africano a quien enseñan a matar ya a tierna edad, lo es de los niños sobrantes, abortados en cualquier parte del mundo, del anciano que duerme en las calles de las grandes ciudades, de los hombres y mujeres con hambre, de los enfermos de SIDA sin medicamentos ni atención médica en países del Tercer Mundo. Y todos éstos son mis hermanos, son hijos de Dios, nuestro Padre. Con ellos debemos ser solidarios.

Pero la solidaridad, que debe estar integrada como virtud a alcanzar en la vida de un cristiano, no sustituye a la fraternidad. Es precisamente la fraternidad la que engendra solidaridad. Porque podemos ser solidarios de personas o grupos humanos en el bien, aunque sean de una cultura diferente, de etnias diversas o tengan una religión distinta a la nuestra o profesen ideologías ajenas o contrarias a nuestra fe religiosa. Pero sólo podemos serlo en el bien que hacen o procuran a la humanidad.

Ahora bien, ¿cómo ser solidario de un delincuente, de un opresor de seres humanos? ¿cómo solidarizarnos con grupos humanos fanáticos que ejecutan acciones violentas, con los terroristas o con aquellos movimientos, partidos o corrientes ideológicas que se oponen a nuestro modo de concebir el mundo o a nuestra fe, a nuestras propuestas de soluciones pacíficas a los conflictos?

Realmente la solidaridad tiene sus límites, y sólo la fraternidad puede sobrepasarlos. La solidaridad es apoyo al otro en el bien querer y el bien obrar, pero la fraternidad, el reconocimiento de que existen lazos de hermandad con todo ser humano, introduce un factor decisivo en las relaciones humanas: el amor. Y el amor de hermano se ofrece aún al errado y al enemigo.

Vayamos al paradigma perfecto del amor: el amor de madre. La madre ama al hijo bueno porque es bueno, pero ama al hijo malo para que cambie y se haga bueno. El amor de madre es un reflejo del amor de Dios. Dios ama así a sus hijos: sosteniendo al bueno y

mirando con compasión, con misericordia al que piensa u obra mal. Y pide a todos sus hijos que actúen así en la relación con sus hermanos. Es la invitación del evangelista San Lucas: *“Sean misericordiosos como el Padre celestial es misericordioso”*. Y Jesús en el Sermón de la Montaña: *“Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”*.

El mundo está necesitado de misericordia. La ausencia de misericordia ha generado unas relaciones humanas frías, duras, vengativas, no fraternas. Quienes actúan con perversión y violencia en la humanidad actual deben ser considerados con misericordia, con compasión, porque todos somos responsables de haber edificado un mundo global no misericordioso sobre las bases insuficientes de derechos y deberes, y ha faltado el amor fraterno.

Voy a citar un hecho de nuestra historia cubana ilustrativo de todo cuanto digo. Se refiere a una familia que he tratado y el testimonio viene de uno de sus miembros: Pocos días después del triunfo de la Revolución en 1959 algunos antiguos compañeros de José Antonio Echevarría fueron a ver a su Señora Madre para decirle que estaban seguros de saber quién había asesinado a su hijo, y que podría ser entregado para que fuera ajusticiado. Y ella suplicó a quienes le informaban esto que no lo hicieran, que no quería que otra madre pasara por el dolor que ella había sufrido.

Es verdad que se trataba de una mujer profundamente cristiana, y en un caso límite pudo sentir que había lazos humanos de fraternidad con la otra madre, pero los grandes paradigmas nos muestran la esencia de las cosas.

Si triunfara en el mundo una fraternidad de ese género, cuántos pueblos dejarían de mirar con recelo a otros pueblos, cuántas etnias diversas dejarían de sentir la discriminación y el desprecio, cuántos hambrientos podrían saciar su hambre, cuántos enfermos curados, cuántos de los considerados inútiles o desechables, podrían sentir el calor de la amistad, cuántos malvados podrían ser beneficiados, cuestionados, sorprendidos por la misericordia y ¡cuántos fanáticos podrían dejar de serlo!

En su mensaje el Papa Francisco dice que *“la fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional”* y agrega que sin ella *“es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera”*.

Pero en el mundo actual la globalización, como ha afirmado Benedicto XVI, *“nos acerca a los demás, pero no nos hace hermanos”*. Y el Papa Francisco añade que vivimos en “un mundo caracterizado por la *“globalización de la indiferencia”*, que poco a poco nos “habitúa” al sufrimiento del otro. Y agrega el Santo Padre: *“...es claro que tampoco las éticas contemporáneas son capaces de generar vínculos auténticos de fraternidad, ya que una fraternidad privada de la referencia a un Padre común, como fundamento último, no logra subsistir”*. Y continúa el Pontífice:

“El necesario realismo de la política y de la economía no puede reducirse a un tecnicismo privado de ideales, que ignora la dimensión trascendente del hombre. Cuando falta esta apertura a Dios, toda actividad humana se vuelve más pobre y las personas quedan reducidas a objetos de explotación. Sólo si aceptan moverse en el amplio espacio asegurado por esta apertura a Aquel que ama a cada hombre y a cada mujer, la política y la economía conseguirán estructurarse sobre la base de un auténtico espíritu de caridad fraterna y podrán ser instrumento eficaz de desarrollo humano integral y de paz” (Hasta aquí el Santo Padre).

Y con una súplica a la Virgen, que celebramos hoy como Madre de Dios, concluye el Papa su mensaje. Esa súplica la hago también mía al poner fin a mis palabras, deseando a todos las más fecundas bendiciones de Dios para este año 2014.

“Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a comprender y a vivir cada día la fraternidad que brota del corazón de su Hijo, para llevar paz a todos los hombres en esta querida tierra nuestra”.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2014©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original